



Doña Clara (Aquarius), la dignidad de resistir

El cine del último año nos ha dejado grandes interpretaciones femeninas consagradas de actrices de largo recorrido, que han completado un amplio muestrario del universo femenino con personajes de enorme complejidad: Isabelle Huppert (*Elle*), Natalie Portman (*Jackie*), Meryl Streep (*Florence Foster Jenkins*), Nicole Kidman (*Lion*), Amy Adams (*La llegada, Animales nocturnos*), Ruth Negga (*Loving*)... la lista quedaría incompleta sin la encomiable aportación brasileña, que sin alcanzar la primera línea en el escaparate de las nominaciones internacionales, traspasa fronteras desde la humildad del cine en portugués, componiendo el más sincero, humano y descarnado retrato de una mujer, ejemplo de dignidad y resistencia frente a las adversidades, interpretado por la incombustible Sonia Braga, con más de medio siglo de oficio tras de sí, en *Doña Clara*, o *Aquarius*, la última película del cineasta, productor y crítico cinematográfico brasileño Kleber Mendonça Filho.

Sin concesiones a los arquetipos dramáticos de heroínas de género, ni a los recetarios al servicio de las modas, sin artificio psicológico alguno, sin partir del esquema de un personaje célebre o reconocido, ni de la estela de glamour de una estrella del *Star-System*, el personaje que interpreta Sonia Braga nos ofrece un retrato desnudo y bastante sórdido, reconocible en su humanidad y cercanía, de una mujer que se hace grande en la defensa

de su identidad, de sus convicciones morales, que hace de la dignidad su principal arma de defensa. Doña Clara muestra en su propio cuerpo las cicatrices de una vida dura (la supervivencia al cáncer y la amputación de un pecho), ganando el respeto de su comunidad que nace de la autoridad moral, de la integridad, cumpliendo el rol que la vida le depara como referente familiar en una cultura determinada por el matriarcado. Pero muy

especialmente, doña Clara representa la supervivencia de los elementos identificativos de la juventud, la alegría de vivir, de disfrutar de su cuerpo, de la música, de la playa, de las relaciones humanas...



Una vida mirando al mar

Pocas veces la geografía humana está tan emparentada con la urbana, en este caso diríamos también playera, contribuyendo poderosamente a trazar el perfil humano de un personaje. El pequeño edificio Aquarius, situado en primera línea de mar, en el centro de la playa de Boa Viagem, en el eje turístico de la ciudad de Recife, en Pernambuco, es el epicentro de la vida de Clara, esa mujer que envejece mirando las olas, caminando por la arena y bañándose a diario en las aguas del mar.

En su planteamiento, la película se inicia al comienzo de la década de los ochenta, para descubrir al personaje todavía en su momento de plenitud juvenil, madre y esposa, aferrada a la vida después de superar un cáncer de mama. Tan sólo dos escenas sirven a este propósito, mostrando al personaje libre e independiente en un momento de diversión nocturna en la playa, con sus amigos y con su hijo; y en la escena siguiente, inmersa en un superpoblado universo familiar, llegando con retraso al cumpleaños de una tía (tía Lucía, Thaia Pérez), que se celebra en su

propia casa, y que sirve de elemento de anticipación: la anciana cumple setenta años pero atesora los recuerdos del amor de su vida, un hombre casado, que no le impidió disfrutar de unas relaciones libres de prejuicios. De alguna manera, este personaje secundario y referencial, establece un eje narrativo, un elemento de identificación de la futura trayectoria de doña Clara, que parece seguir la estela familiar, los rasgos de la identidad que nace del libre ejercicio de la voluntad, del desafío a los convencionalismos sociales, de aferrarse contra viento y marea al deseo de vivir una vida libre de prejuicios.

En su lúcido planteamiento, casi a modo de prólogo, la película también marca un juego de roles propio del matriarcado, con mujeres de fuerte personalidad que conducen sin titubeos el rumbo de sus vidas y que muestran su jerarquía moral, como faros que ejercen su autoridad a partir del respeto a sus cualidades humanas, a su condición como referentes del grupo familiar se diría que apegadas a un hombre que está en la sombra.



La película se estructura en tres estadios, que más que actos o bloques de unidad dramática, son enunciados de los propósitos del cineasta en la construcción del personaje: “el cabello de Clara”, muestra esa melena que renace después de la quimioterapia, en una mujer todavía joven y con ganas de vivir, capaz de afrontar con fuerza

moral los reveses del destino; pero engloba también en el mismo bloque narrativo al personaje treinta años después, continuando a los mandos de su propia vida, viviéndola a su manera, ya viuda y solitaria, debiendo afrontar la embestida del conflicto central del film, las pretensiones de un grupo inmobiliario de comprarle su apartamento, el último del edificio que aún no ha sucumbido a la especulación, que se convierte en el objetivo de los especuladores pero, de igual modo, también en el objetivo de la vida de Clara en la defensa de su identidad.

La parte central del film se desarrolla bajo el epígrafe “el amor de Clara”, un recorrido por su vida cotidiana en el que el amor es un *leit motiv* que no se concreta en una sola persona, sino que se derrama a lo largo de sus días, con su familia, sus amigos., y que esconde un vacío en una intimidad insatisfecha, haciéndose fuerte frente al acoso, baluarte de su dignidad.



En un tercer momento, en el último tramo narrativo, el epígrafe se refiere a “el cáncer de Clara”, que esta vez no es el físico, sino el que aqueja al propio

edificio, infectado intencionadamente de termitas para forzar el abandono de la “loca que permanece en el edificio como un fantasma”. En fin, es la parte épica de la película, allí donde el personaje es llamado a cumplir su papel de heroína para afrontar la lucha final frente al más poderoso enemigo.

El simbolismo político y social

De la película de Kleber Mendonça Filho se ha señalado, a raíz de su presentación en el pasado Festival de Cannes, el momento político y los paralelismos con la corrupción y las amenazas golpistas que vivía Brasil¹.



En qué medida el film es una pieza del proceso de repolitización del cine brasileño es algo evidente, que se verá con mayor dimensión en los próximos años, cuando tal vez el futuro resuelva las incertidumbres que hoy asolan a la sociedad brasileña, pero al menos en las intenciones declaradas y en el pequeño *merchandising* emprendido en torno al film se hacen referencia a estas conexiones, a las que los críticos europeos son siempre sensibles, posiblemente porque el tema no nos es en absoluto ajeno. Se han señalado la

¹ Carlos A. Mattos, *Caimán Cuadernos de Cine*, núm. 58, marzo 2017, pág. 6

persecución política sufrida por la película de Mendonça Filho en su país, siendo oficialmente ignorada para su candidatura a los Oscars, reconocimiento en parte enmendado por los César franceses, al tiempo que un escándalo inmobiliario similar al que se denuncia en la película implicaba a las autoridades gubernamentales...

Desde España pueden entenderse bien los movimientos de especulación inmobiliaria que vive una población turística como Recife, fácilmente trasladables a nuestras costas, fatalmente marcadas por el mismo fenómeno de avaricia inmobiliaria y corrupción política. También en España vivimos nuestro Mundial de Fútbol y nuestros Juegos Olímpicos, con tres décadas de antelación, acontecimientos que al parecer han sido proverbiales para la eclosión de las corruptelas, que en Brasil han ido acompañadas de una fuerte contestación social que no se produjo en su momento en España, inmersa entonces en la euforia del socialismo. Tampoco en nuestro cine afloró en su tiempo ningún intento serio de denuncia, más allá de algunos destellos *berlanguianos*, hasta que comenzaron a proliferar en los últimos años, ya en nuestro siglo: *La caja 507* (Urbizu, 2002), *Mercado de futuros* (Mercedes Álvarez, 2011), *El mundo es nuestro* (Alfonso Sánchez, 2012), *Grupo 7* (Alberto Rodríguez, 2014), *Justi&Cia* (Ignacio Estaregui, 2014), *Murieron por encima de sus posibilidades* (Isaki Lacuesta, 2014), *Cien años de perdón* (Daniel Calparsoro, 2016), *El hombre de las mil caras* (Alberto Rodríguez, 2016)...

Si bien *Aquarius*, o *Doña Clara*, sirve para abanderar ese nuevo cine político brasileño bastante desconocido en España, esto no resta entidad dramática

a la película, que es también una buena muestra de la actual sociedad brasileña.

Es muy esclarecedora de las intenciones del film la entrevista de Javier H. Estrada a su director.² La forma de abordar al personaje a través de un viaje en el tiempo, la relación simbólica con el edificio, con la playa y con la ciudad de Recife, la estética fotográfica del film, los referentes personales del personaje (inspirado en la propia madre del director), la dimensión intelectual del personaje (escritora) que trasciende más allá del rol convencional de la mujer madre de familia... son algunos de los aspectos relevantes de la película, de los que deriva su singularidad construida a partir de un tema reconocible e identificable universalmente...



Creo, especialmente, que al margen de otras consideraciones, la película destaca como retrato psicológico, al cual contribuyen todos los elementos del film, que parecen dispuestos para trazar un universo al que Clara sirve de epicentro.



² Kleber Mendonça Filho, *un espacio para la memoria*. En Caimán Cuadernos de Cine, núm. 58, marzo 2017, págs. 12-15

Son los rasgos humanos los que mejor definen al personaje, en sus características más singulares: su fuerte sentido de la independencia, su capacidad para disfrutar de los placeres de la vida, el mismo concepto hedonista y del hogar como refugio de la identidad, el carácter heroico de su fortaleza moral y de su peripecia vital, esa forma emocionante de aceptar su cuerpo mutilado en uno de sus senos que no le impide disfrutar de sus relaciones íntimas... Es, creo, lo mejor del film, la construcción de un personaje memorable, que se identifica a la perfección con la humanidad y la expresividad que aporta Sonia Braga a un personaje inolvidable, que merece mucho más que los focos y el glamour artificial de los mundos del celuloide, merece el reconocimiento a un trabajo interpretativo impecable, que servirá de modelo en cualquier escuela de cine y de arte dramático donde las historias se construyen a partir de los personajes y no de esquemas artificiales, de paradigmas y arquetipos, tramas y subtramas...



El personaje y la interpretación de Sonia Braga se hace grande en sus muchos matices: en su concentración, en sus momentos de soledad, de reconocimiento de sí misma, de relajación espiritual de donde nace una impresionante capacidad de resistencia física, en su forma dulce y amable de relacionarse con los demás, en su dignidad humana inquebrantable, en su

irreductible voluntad que le hace merecer el respeto y la admiración del grupo humano sobre el que hace valer su autoridad moral... Este mismo respeto se hace extensible a la relación con el espectador, la admiración por las capacidades profesionales y personales de una actriz y un cineasta que convierten en grande una película sencilla.



Muchas veces la soledad convierte en épicas las gestas de los héroes cinematográficos, sin embargo la aparente soledad de Clara frente a todos no es sino interiorización, pues es un personaje constante y humildemente entregado a los demás, en su función protectora de su hija, sobrino, hermano, amistades... con espacios para la vida personal, para la búsqueda de relaciones afectivas, especialmente significativa en tres momentos: con un amante ocasional, que se enfría al descubrir su amputación física; con un gigoló, que le sirve para satisfacerse sexualmente sin ningún complejo; y en la relación de amistad casi platónica con el atlético socorrista de la playa, que en algún momento llega a preguntarle directamente si quiere ligar con él...



Especialmente brillantes son los momentos dedicados a mostrar al personaje en su intimidad, capaz de disfrutar de la vida en una copa de vino, en una canción o como cualquier adolescente, en un baile solitario en el salón de casa.



Al margen del discurso político, respetable, del marketing del film, de todas sus justificaciones, legítimas, de la épica algo forzada del último tramo del film, me quedo con simplicidad de la historia, la narrativa sutil del cineasta, la identidad del personaje en sí mismo, el retrato humano y el trabajo interpretativo, memorable, de Sonia Braga.



Título original: Aquarius
Año: 2016. Duración: 140 min.

Director:
Kleber Mendonça Filho
Guion:
Kleber Mendonça Filho
Fotografía:
Pedro Sotero, Fabricio Tadeu
Reperto:
Sonia Braga, Jeff Rosick, Irandhir Santos,
Maeve Jinkings, Julia Bernat, Carla Ribas,
Fernando Teixeira, Rubens Santos,
Humberto Carrão

Productora:
CinemaScópio Produções / SBS
Productions

<http://aquariusmovie.com/>

www.elpuenterojo.es